

---

# JOSÉ JIMÉNEZ LOZANO

## O EL ESFUERZO POR COMPRENDER

Juan Antonio Ruescas Juárez

Forma parte de la tradición oral de nuestra Asociación la sugerencia de Légaut de llevar a cabo una tarea “a lo Bremond”: hacer una historia del sentimiento religioso en España <sup>(1)</sup>. Estas páginas pretenden ser una aportación más a dicha tarea, una entre tantas que se han hecho y se tendrán que seguir haciendo.

Mirar al pasado cristiano no es asunto de erudición ni de mera especulación sino que, como dice Légaut, es un elemento importante de la vida espiritual: la meditación acerca del pasado cristiano es más importante que el estudio de las Escrituras para entrar en la comprensión de la misión de Jesús:

Proseguida asiduamente a lo largo de la vida, enriquecida constantemente por la experiencia cotidiana, la meditación del pasado cristiano enseñará al creyente más cosas que la lectura de las Escrituras. (...) A partir de los acontecimientos que marcaron el pasado del cristianismo por su importancia social, pero yendo más allá de su materialidad (por lo general, recordada con excesiva exclusividad), el creyente buscará, sobre todo, seguir la evolución de los métodos y de los objetivos del apostolado cristiano a través de los siglos. A la luz de su experiencia espiritual, se esforzará en medir la distancia entre el fin perseguido y el espíritu fundamental del mensaje de Jesús tal y como puede vislumbrarlo ahora. Reflexionará sobre los resultados positivos logrados pero también, sobre todo, sobre las complicidades aceptadas, los envilecimientos fomentados, a

---

(1) Henri BRÉMOND (1865-1933) escribió una *Historia literaria del sentimiento religioso en Francia desde el final de las guerras de religión hasta nuestros días* (1916-1930, Vols. 1-11). Se vio afectado por la represión antimodernista. Para saber más sobre Brémond y su contexto histórico, ver el trabajo de Domingo Melero «En torno a la crisis modernista», *Cuadernos de la Diáspora*, 18, pp. 165-258.

sabiendas o no, y las deformaciones espirituales que así se provocaron. No eludirá considerar en su gravedad las taras de la práctica religiosa y sus consecuencias, que han gravitado en el desarrollo humano de los cristianos y, a menudo, lo han retrasado o desviado. Tampoco subestimaré la amplitud de la descristianización, que, dejando aparte otras razones para explicarla, es una de las consecuencias de aquellas taras (2).

De modo que, aunque una parte de esta tarea consiste en fijar la atención en el pasado, otro aspecto fundamental de la misma es considerar la dependencia del hoy con respecto al ayer: esforzarse por llegar a ser conscientes del modo en que el pasado condiciona –para bien y para mal– nuestro presente, personal y colectivo, dado que la práctica religiosa de antaño tuvo sus taras, y estas no solo son causa de descristianización sino que afectan también a nuestro desarrollo humano individual (aunque no siempre seamos conscientes de ello).

En esta meditación sobre nuestro pasado cristiano y sobre su influjo en el presente, José Jiménez Lozano es un buen compañero. Vamos a proponer aquí la lectura de algunos textos suyos. No son precisamente “lo último” de su producción. Son, en efecto, un poco antiguos. Pero reflejan bien el talante y las ideas del autor en la época en la que los escribió. Por lo demás, el lector sabe bien que uno de los sentidos de nuestros *Cuadernos de la diáspora* es recuperar y presentar diversos textos de interés para la vida espiritual que, dada su naturaleza o la época en que se escribieron, no forman parte de la actualidad editorial, por lo que no resultan de fácil acceso.

## I. LA FIGURA DE JIMÉNEZ LOZANO.

### CARÁCTER DE SU REFLEXIÓN

José Jiménez Lozano es periodista, ensayista, novelista y poeta. Nació en 1930 en Langa, provincia de Ávila. Hizo el bachillerato en Ávila y en Valladolid. En esos años, y según dice él mismo, ciertas lecturas lo convierten en «un erasmista». Estudió derecho y también

---

(2) Marcel LÉGAUT, *Reflexión sobre el pasado y el porvenir del Cristianismo*, AML, 1999, pp. 109-110.

Filosofía y letras pero, profesionalmente, su principal dedicación ha sido el periodismo (además de la escritura de sus propios libros). Fue corresponsal de dos publicaciones en el Concilio Vaticano II: la revista *Destino* y *El Norte de Castilla*. En *Destino* tuvo una sección propia. En *El Norte de Castilla* fue subdirector (con Miguel Delibes como director) y con el tiempo llegó a asumir la dirección del periódico. Actualmente, y desde hace ya mucho, reside en Alcazarén, un pequeño pueblo (menos de mil habitantes) al sur de la provincia de Valladolid (3).

Los textos que aquí se proponen proceden de tres libros de Jiménez Lozano: *Meditación española sobre la libertad religiosa*, *La ronquera de fray Luis y otras inquisiciones*, y *Los cementerios civiles y la heterodoxia española*. Pero antes de hablar de estos tres libros, conviene saber que ha publicado más de veinte novelas, una docena de libros de cuentos, nueve de poesía, siete de diarios, dieciséis de ensayos y otras dos recopilaciones de artículos además de *La ronquera de fray Luis* ya mencionada. Recibió el Premio Nacional de las Letras en 1992 y, en 2002, el Premio Cervantes.

Uno de los libros más importantes de José Jiménez Lozano es *Meditación española sobre la libertad religiosa* (1966). El libro nace en el contexto del Concilio Vaticano II y de su compleja recepción en España. En él se plantea ya uno de los grandes temas del Jiménez Lozano ensayista: el sentimiento religioso español y los rasgos específicos del catolicismo en nuestro país (aunque el tema del libro es la libertad religiosa, se estudia el modo en que nuestro pasado afecta a la asunción de dicha libertad). El segundo de los textos que aquí se ofrecen es de este libro.

*La ronquera de Fray Luis y otras inquisiciones* (1973) es una selección de los artículos que, durante varios años, publicó Jiménez

---

(3) En la redacción de esta breve presentación biográfica ha sido útil la semblanza disponible en la web oficial de Jiménez Lozano (<http://www.Jimenezlozano.com>); así como sus respuestas en el libro de José María Gironella *100 españoles y Dios* (Barcelona, Ediciones Nauta, 1971, pp. 238-252).

Lozano en el semanario *Destino*. La primera parte de este libro contiene, en palabras del autor, «glosas o reflexiones en torno a acontecimientos, personas o problemas históricos en el sentido pleno y profundo de la palabra, es decir, en cuanto nos conciernen en carne viva y esa es nuestra historia»; en la segunda parte, se recogen «pequeños ensayos que tienen un tono que pudiéramos decir más especulativo y meditacional». Los textos 3, 4 y 5 que aquí se proponen están tomados de este libro.

También encontrará el lector un texto tomado de *Los cementerios civiles y la heterodoxia española*, que se publicó en 1978 y se revisó veinte años después, para su reedición. En este libro, los cementerios civiles motivan una reflexión sobre las intolerancias religiosas: las del cristiano-católico español tradicional y otras (también “religiosas”, a su modo) de no pocos personajes y grupos ateos o anticlericales.

Este es, muy brevemente presentado, el compañero de meditación que el lector va a encontrar aquí. Especial interés tienen sus escritos de cara a entender los asuntos históricos ya aludidos: las complicidades aceptadas por los católicos españoles del pasado, los envilecimientos fomentados y las deformaciones espirituales provocadas, así como el influjo de todo ello en nuestro presente y, por tanto –lo que es más importante–, en la vida espiritual de cada uno de nosotros. Así pues, Jiménez Lozano anima y enriquece nuestra meditación sobre el pasado del cristianismo.

Pero entiéndase esto bien: es compañero, y no autoridad inapelable. Se puede, pues, dialogar con él. En los libros que vamos a citar se habla de historia, ocasionalmente de política y no raras veces de teología; de modo que no faltan en ellos valoraciones que sin duda están sujetas a discusión.

¿Con quién vamos a dialogar, entonces? Con todas las cautelas, se podría trazar así el perfil de nuestro interlocutor: Jiménez Lozano es un conservador ilustrado; un escritor bien informado; un hombre sincera y serenamente religioso; un entusiasta del Concilio Vaticano II (sobre todo en lo que atañe a la libertad religiosa), pero receloso ante

lo que considera excesos de un laicismo demasiado beligerante (excesos que, sin embargo, para otros cristianos pueden significar avances razonables). Jiménez Lozano confirma en parte esta descripción al decir de sí mismo que es algo así como un “tory anarquista” (4).

Salvada la diferencia de época (que no es tanta, si se mira bien), se diría también que leemos a un “Chesterton español”. Así lo vio, al menos, José Luis Aranguren en el Prólogo de *La ronquera de fray Luis*:

«...se me figura [Jiménez Lozano] como un Chesterton de poco tamaño físico, sombrero y mucha sabiduría de la que no se aprende en los libros —y él lee muchos—». (5).

Para completar este retrato podríamos decir también que su serenidad en el juicio, así como su ecuanimidad, recuerdan al «Juan de Mairena» machadiano, que, hablando precisamente de la relación con el pasado y de la asimilación de la novedad, decía lo siguiente:

A los tradicionalistas convendría recordarles lo que tantas veces se ha dicho contra ellos. Primero: que si la historia es, como el tiempo, irreversible, no hay manera de restaurar el pasado. Segundo: que si hay algo en la historia fuera del tiempo, valores eternos, eso, que no ha pasado, tampoco puede restaurarse. Tercero: que si aquellos polvos trajeron estos lodos, no se puede condenar el presente y absolver el pasado. Cuarto: que si tornásemos a aquellos polvos volveríamos a estos lodos. Quinto: que todo reaccionarismo consecuente termina en la caverna o en una edad de oro, en la cual solo, y a medias, creía Juan Jacobo Rousseau.

A los arbitristas y reformadores de oficio convendría advertirles: Primero: que muchas cosas que están mal por fuera están bien por dentro. Segundo: que lo contrario es también frecuente. Tercero: que

---

(4) «Soy pascaliano porque todo el aparato de la política y del mundo creo que es un estaribel mendaz y sin sustancia, pero que ese montaje es necesario. Es decir, yo sería algo así como un “tory anarquista”», *Una estancia holandesa: Conversación José Jiménez Lozano – Gurutze Galparsoro*, Rubí (Barcelona), Anthropos Editorial, 1998, p. 93.

(5) J.L. ARANGUREN, en JIMÉNEZ LOZANO, *La ronquera de fray Luis*, Barcelona, Destino, 1973, pp. 8-9.

no basta mover para renovar. Cuarto: que no basta renovar para mejorar. Quinto: que no hay nada que sea absolutamente imponible (6).

Y es que Jiménez Lozano es un autor comprensivo, con no poca capacidad para la empatía. No es extraño que se ponga en el lugar de quienes protagonizaron ciertos hechos del pasado (no precisamente gloriosos), dando a entender que, en realidad, aquellas personas, en su circunstancia particular, no podían actuar de otra manera, o que, en todo caso, quizá nosotros no somos quién para juzgarlos.

En sus respuestas al cuestionario planteado en el libro *100 españoles y Dios*, de José María Gironella, relató Jiménez Lozano una experiencia juvenil que nos dice mucho sobre este talante comprensivo suyo, y sobre el sentido que da a su labor como escritor. Se le pregunta si ha tenido alguna vivencia particularmente influyente en su religiosidad y, en su respuesta, aunque dice que nunca experimentó «nada que se parezca a una experiencia mística natural o sobrenatural», añade:

Dejaría de decir una verdad, sin embargo, si no expresara con sinceridad que fue en un cementerio civil, ante la tumba de un ateo, antiguo católico que apostató de su fe, donde mi visión católica, quiero decir mi adhesión espiritual a una cierta familia del catolicismo, se definió con toda claridad. Era la tumba del profesor Dorado Montero en el cementerio civil de Salamanca, un día de Ánimas, a mis dieciocho años. Desde aquel día siempre he creído que mi vocación cristiana era la de «tirar tapias», esto es: acabar con prejuicios, dar explicaciones, tender puentes, esforzarme por comprender al «enteramente-otro», hijo de Dios como yo (7).

## II. UN EJEMPLO DE LA ACTITUD DE JIMÉNEZ LOZANO

Quizá, más que un mero ejemplo, lo que a continuación vamos a presentar es el paradigma de la actitud «comprensiva» de Jiménez Lozano. Se trata de su interpretación de las dificultades españolas

---

(6) Antonio MACHADO, *Juan de Mairena, I*, sección III, Madrid, Cátedra, 1998, pp. 89-90.

(7) José Jiménez Lozano, en José María GIRONELLA (Ed.), *100 españoles y Dios*, Barcelona, Ediciones Nauta, 1971, p. 250.

para asumir la libertad religiosa. Del Concilio Vaticano II emanó una Declaración sobre este tema <sup>(8)</sup> y, hablando de las implicaciones de dicho documento en cuanto a un eventual Estado laico, nuestro autor muestra, alternativamente, comprensión hacia las posturas conservadoras (tendientes al realismo) y hacia las avanzadas (de carácter más crítico y exigente). Afirma que en España falta la vivencia pacífica del pluralismo religioso e ideológico, por lo que «es quizá demasiado —decía entonces— lo que se le pide a los católicos tradicionales españoles» si se espera que dicho pluralismo se acepte fácilmente. Sugería entonces nuestro autor que los cristianos españoles de aquel momento (recordemos: años 60 del siglo XX) estaban aún muy determinados «pasionalmente» por la experiencia de las incomprensiones viscerales del siglo XIX y de la primera mitad del XX, y se preguntaba si, teniendo en cuenta el influjo de este pasado en el conjunto de la sociedad española, podía darse un Estado laico que fuese «lealmente neutral ante la Iglesia». Su temor era que no pudiese darse, y que, «por el momento», fuese inevitable optar «entre un Estado confesional (con sus inconvenientes), y un Estado laico, enemigo de la Iglesia» <sup>(9)</sup>. En una nota completa su argumentación diciendo que un estado confesional no estaría en desacuerdo con los principios más rígidos de la libertad religiosa mientras en él no se discriminase social y políticamente a quienes no perteneciesen a «la confesión religiosa que profesa el Estado».

Pero no queda ahí la reflexión. Hay un «sin embargo»:

Sin embargo, todo parece indicarnos que las últimas cristiandades van a desaparecer, más pronto que tarde, de modo que sin renunciar a sus beneficios, no podemos dormirnos en la confianza de que la

---

<sup>(8)</sup> El Concilio Vaticano II produjo tres tipos de documentos: constituciones, decretos, y declaraciones. La *Dignitatis humanae*, sobre la libertad religiosa, es una de las declaraciones. Jiménez Lozano escribió su libro sobre la libertad religiosa en el contexto de la elaboración, publicación y recepción de esta declaración. Recuérdese que fue corresponsal de dos publicaciones en el Concilio.

<sup>(9)</sup> *Meditación española sobre la libertad religiosa*, pp. 104-105.

cristiandad, el catolicismo institucionalizado, aquí o allá, van a conservar o a facilitar la fe de las masas. La primera obligación cristiana seguirá siendo formar personalidades cristianas. Durante el periodo contrarreformista lo hemos olvidado y hemos visto cuán caro nos ha costado. ¿Hubiera habido de otra manera un mundo moderno nacido al margen y aun en contra de la Iglesia? No es posible saberlo y la discusión no tiene sentido, pero lo que es seguro es que no hubiéramos confiado tanto en nuestros éxitos políticos, creyendo católico, sin más, a este o a aquel país porque así se definían, y no nos hubiéramos visto precisados a apuntalar situaciones nada cristianas pero que nos garantizaban la posibilidad de seguir siendo cristiandad y la unidad católica, ficción jurídica <sup>(10)</sup>.

Ahora bien, esto lo dice en una nota final. El texto que venimos citando continúa con una cita de Monseñor De Smedt (relator del esquema sobre la libertad religiosa en el Concilio), según la cual, dicha libertad es incompatible con la inferioridad de algunos ciudadanos, pero no impide que la religión católica «sea reconocida por el derecho público», ¡incluso como «religión de Estado»! Dice además Jiménez Lozano que, en el caso español, y «al menos por razones de realismo político», es mejor que la ley no contenga declaración alguna de laicidad, pues esta, para millones de españoles, sigue evocando actitudes y políticas enemigas de la Iglesia.

Nosotros, lectores de este texto cincuenta años después, y ciudadanos de un país mucho más diverso, podríamos añadir, quizá, un apunte crítico: resulta difícil entender cómo una confesión puede tener semejante estatus (ser «la religión que profesa el Estado», o tener al menos cierto reconocimiento «por el derecho público») sin que aquellos que no pertenecen a ella no se vean en situación de inferioridad. Considérese (por referirnos a un asunto que acabamos de mencionar) lo siguiente: dice Jiménez Lozano que nuestro pasado de intolerancias puede hacer dudar al católico de que el Estado laico sea «lealmente neutral ante la iglesia»; ahora bien, el no católico, ¿acaso no puede dudar también que un Estado cuyas leyes fundamentales

---

(10) *Meditación...*, pp. 147-149.



confieren un estatus especial al catolicismo pueda ser «lealmente neutral» ante él? Parece que sí podría tener tal duda; y podría tenerla, precisamente, a causa ese mismo pasado, en el que también el catolicismo fue intolerante.

Se hace pertinente, pues, una pregunta: las cautelas de Jiménez Lozano, ¿son expresión de una prevención natural y comprensible dada la época (años 60 del siglo pasado) o reflejan el mismo prejuicio confesionalista que, con pocas variaciones, sigue vigente hoy en el mundo católico más conservador? Es difícil de decir. Pero lo cierto es que Jiménez Lozano hacía en aquel tiempo ciertas consideraciones parecidas a otras que, hoy día, siguen haciendo los sectores del catolicismo reticentes ante las manifestaciones externas de la laicidad (manifestaciones que, sin embargo, son razonables):

Y no sé si el mismo nombre «laico» y luego su ulterior desenvolvimiento jurídico que exigiría el sacrificio de ciertos signos externos confesionales demasiado amados por nuestro pueblo, iban a ser tolerados por éste <sup>(11)</sup>.

No es necesario desarrollar aquí más la discusión. Solo se trataba de mostrar el carácter «comprensivo» de Jiménez Lozano a fin de advertir que, aunque sus consideraciones puedan sintonizar a veces con las posturas más conservadoras, reticentes a la separación de la Iglesia y el Estado, lo importante es otro aspecto de sus ensayos y artículos: su finura, su erudición, su voluntad de dar a cada uno lo suyo, así como su sincero e indiscutible compromiso con el espíritu conciliar de apertura; todo ello lo convierte en lo que ya se ha dicho: un buen compañero en la reflexión sobre el pasado del cristianismo.

Por lo demás, no debemos olvidar que *explicar no es justificar*. Ni mucho menos reivindicar o añorar. Es verdad que, cuando Jiménez Lozano reflexiona sobre determinados asuntos, muestra empatía hacia muchos cristianos del pasado que no supieron ser tolerantes; pero esta empatía no bendice, no justifica.

---

(11) *Meditación...*, p. 105.

### III. RASGOS DEL CATOLICISMO ESPAÑOL

Para Jiménez Lozano, mucho de lo que lastra al cristianismo español (casi unánimemente católico) tiene que ver más con lo *español* que con lo *católico*. De modo que, cuando afrontamos el hecho del sectarismo y las intolerancias de nuestro pasado, el problema no es tanto el *Catolicismo* como *España*. En otras palabras: no se debería confundir el Catolicismo *español* con un eventual Catolicismo *en España* (12). Pues bien, este Catolicismo *español* configuró un cristianismo político, belicoso, vinculado a sentimientos e identidades “de casta”, anti-intelectual y, paradójicamente, anticlerical:

Una mirada muy somera a nuestro catolicismo nos lo presenta, en su singularidad, frente al catolicismo europeo (con el que, sin embargo, le une, naturalmente, una misma historia horizontal), como un catolicismo 1) político y belicoso; 2) de carácter predominantemente popular; 3) sin teólogos y sin una élite laical; 4) afectado endémicamente de un virulento anticlericalismo con explosiones periódicas de calidad cruenta y casi apocalíptica. Cabrían señalar infinitos otros matices: su misonerismo, su obsesión por el sexo, su ausencia de sentido de los deberes de justicia, y, desde luego, la pervivencia de los valores espirituales del barroco o la precariedad y menesterosidad de sus élites avanzadas; pero estas singularidades me parecen que quedan subsumidas en el anterior esquema o no son tan decisivas. (13)

Cuatro son, pues, los rasgos del cristianismo-catolicismo español que subraya Jiménez Lozano: es un catolicismo *político (y belicoso), popular, anti-intelectual y anticlerical*. Rasgos que afectan —negativamente— a la asunción del principio conciliar de la libertad religiosa,

---

(12) Lo que recuerda a algo que dijo Ortega: en nuestro país, el catolicismo «está pagando deudas que no son suyas». ORTEGA Y GASSET, *Espíritu de la letra*, Madrid, Espasa, 1965, pp. 25-26.

(13) José Jiménez LOZANO, «El aporte del profesor Américo Castro a la interpretación del sentimiento religioso español», en AA.VV, *Estudios sobre la obra de Américo Castro*, Madrid, Taurus, 1971, pp. 215-216. Jiménez Lozano no oculta su aprecio por Castro ni la deuda intelectual que tiene con él. Cita con frecuencia *La realidad histórica de España* y otros trabajos de este filólogo e historiador.

al que acabamos de referirnos en el apartado anterior. Son los mismos rasgos que, en otro texto, menciona Jiménez Lozano para afirmar lo siguiente:

La eficacia del Vaticano II, por lo que respecta a nuestra cristiandad hispánica, va a ser muy problemática durante muchos años. Una cristiandad y una sociedad enteras, estructuradas sobre un cristianismo castizo de cristianos viejos, externo, jurídico-político, folklórico, supersticioso, anti-intelectual, de talante predominantemente popular, no está en condiciones de comprender, siguiera en sus coordenadas culturales, lo que ha significado el Vaticano II; y todo eso que el Concilio ha proclamado ahora es lo que al cristianismo de este país le viene resultando extraño y hasta odioso desde siglos, lo que ha condicionado hasta ahora sus reflejos de rechazo (*100 españoles y Dios*, p. 245].

### *Catolicismo político y belicoso*

Jiménez Lozano señala que, en España, la heterodoxia (e incluso la simple disidencia de las ideas y costumbres religiosas tradicionales) se ha tachado no pocas veces de maquinación extranjera. Antes fueron la «peste germánica» (en el siglo XVI) y el «libertinaje francés» (en el XVIII). En el momento en el que Jiménez Lozano escribía su *Meditación...* (1966), se había llegado a pensar en una «influencia comunista soviética», tal como muestran las insinuaciones que, al parecer, se atrevió a hacer cierta prensa reaccionaria española a propósito, nada menos, que del Concilio Vaticano II. ¿Por qué tantos católicos españoles han pensado así? Sencillamente —afirma Jiménez Lozano— porque «el catolicismo patrio no puede concebir un Estado inhibido en las cuestiones religiosas, esto es, un Estado laico que no sea brazo secular de la Iglesia». Este catolicismo patrio tampoco puede concebir a un español que no sea católico (nominalmente al menos). Y es que, desde el momento en que España se consolida como un Estado...

...no es que la Iglesia aniquile la realidad del Estado o que el Estado se sacralice (...); es que es el Estado el que, en sí, es religioso, sacral; y no existe derecho natural o civil alguno. Es la Iglesia la

que se ha hecho Estado, como la fe se ha hecho carne y sangre, biología y casta (*El aporte...*, p. 221).

De ahí que, al católico tradicional, la divergencia en asuntos de fe o teología le preocupen, más que por motivos religiosos, por parecerle una traición política, un «crimen de lesa patria». Y, en realidad, no podía dejar de interpretar así las cosas quien identificaba la patria con «una creencia no compartida, y hasta impuesta con la espada» (*Meditación...*, 71).

Jiménez Lozano insiste en que, de todo esto, surge una mecánica de acción-reacción que es como un círculo vicioso. Durante el que llama «terrible siglo XIX», los gobiernos absolutistas eran inevitablemente clericales y los gobiernos liberales se caracterizaban por el anticlericalismo y la irreligión (incluso por el «anticristianismo» y el «doctrinarismo anticatólico»), debido a que sucedían a gobiernos clericales intolerantes, «juguetes de un clero con muchas inevitables apetencias humanas de dominio temporal e imperialismo espiritual» (*Meditación...* pp. 76-77). Una de las peores consecuencias de este clima es que, en el siglo XIX, «para ser cristiano había que renunciar a la libertad y al mundo moderno»; y el mundo moderno, por su parte, rechazaba a la Iglesia y a la fe «como sus mayores enemigas». Es un momento —y de él venimos— en el cual «el catolicismo ha perdido, por propio instinto de defensa, todo carácter que no sea el de una terrible lucha temporal y política contra sus enemigos». Y concluye Jiménez Lozano:

El resumen de toda esta lucha es muy simple, atterradoramente simple: el catolicismo español perdió su espíritu evangélico, obligado a una lucha por sobrevivir, y los partidarios de la libertad defendían solamente una caricatura o un abuso de libertad. La Iglesia se había separado del pueblo y el pueblo de la Iglesia. También los católicos habían perdido el sentido de justicia social y el pueblo había creído que todos sus males procedían de la Iglesia (*Meditación...*, p. 84).

En este contexto, las pocas voces «humanamente sensatas», de uno y otro lado, no se oirán, o se las despreciará por tibias, si no traidoras (Cf. *Meditación...*, pp. 45-46).

Pues bien, la historia de todos estos enfrentamientos hace entender a Jiménez Lozano el profundo rechazo que en muchos católicos españoles de los tiempos del Concilio producían aún palabras como “libertad religiosa”, “laicidad del Estado”, “acercamiento judeo-cristiano”, “apertura”, “Iglesia pobre” e incluso “renovación litúrgica”. Sostiene que, para el católico medio (y aun para muchos católicos cultos), masones, judíos, protestantes, liberales, intelectuales y extranjeros (ingleses y franceses sobre todo) y, más tarde, anarquistas, socialistas y comunistas, formaban, en un “totum revolutum”, la «enemiga del catolicismo» (Cf. *Meditación...*, p. 87-88). Añade Jiménez Lozano que, cuando toda esta confusión mental queda sellada con experiencias sangrientas (como una guerra civil), «es muy difícil intentar un raciocinio, una matización intelectual, unos distingos que eviten una terrible generalización» (*Meditación...*, p. 89).

En cuanto al carácter «belicoso» del catolicismo hispano, baste citar, a modo de ejemplo, la información que proporciona Jiménez Lozano sobre Fray Diego José de Cádiz, uno de cuyos sermones, en el siglo XVIII, se tituló: “El soldado católico en la guerra de religión”; o la cita que hace nuestro autor de una pastoral del obispo de Santander que, en 1794, exhortaba a todos los españoles a «guerrear, fuertes en la fe, las guerras del Señor contra sus enemigos los franceses libres» (*Meditación...*, p. 45). Así, Jiménez Lozano nos confirma, históricamente, lo que ya suponíamos: el tono de las prédicas cristiano-católicas del pasado «es monótonamente el del ataque a la libertad y la exaltación del belicismo y del autoritarismo en las actitudes vitales más pequeñas» (*Meditación...*, p. 50). Pero enseguida añade, con el espíritu comprensivo ya señalado:

¿Cómo podría ser de otra manera este catolicismo tan gravemente escarnecido y amenazado? ¿Podemos exigir de la Iglesia española de este tiempo (que es la Iglesia-institución de la Contrarreforma en violenta reacción contra el concepto protestante de una Iglesia espiritual) que pusiera la otra mejilla y se resignase a volver a las catacumbas? (*Meditación...*, p. 45).

### *Catolicismo popular*

Hay que entender aquí “popular” como aquello que está en el origen de la idea o sentimiento de auto-identificación, de casta. Por eso este rasgo está muy vinculado con el anterior: el cristianismo católico español ha sido político (se diría que ha querido ser “políticamente constituyente”) porque va unido al sentimiento de casta. Ahora bien, este modo de implantación del cristianismo es muy superficial, está más al servicio de las querencias identitarias que de la fe. Así, afirma Jiménez Lozano que, en España, la unidad de pensamiento religioso solo es externa, y se hizo además «a partir de la eliminación de moros, moriscos, judíos, judaizantes, erasmistas, protestantes, iluministas, beguinos o simples agnósticos o indiferentes, o hasta ateos materialistas» (*Meditación...*, p. 62). Así que la unidad religiosa de la supuesta “casta” hispánica es una ficción:

La unidad religiosa católica es (...) la ficción jurídica montada sobre la autoconciencia de pueblo escogido por Dios y la voluntad férrea de que esa ficción jurídica sea expresión de la realidad, aunque haya que exterminar a todo disidente. Y por supuesto, negarle la calidad de español. El concepto de anti-España no es un expediente político de propaganda, como pudieran pensar muchos, sino un sentimiento vivo, ya en el corazón de los españoles del XVI y del XVII, el sentimiento de la casta cristiana ultrajada por la disidencia de la unidad de la creencia católica, el sentimiento del honor personal, familiar y nacional manchado por un solo español que disienta de su deber —“casta obliga”— de ser católico (*Meditación...*, p. 68).

### *Catolicismo anti-intelectual*

Según José Jiménez Lozano, el orden y la certidumbre —así como el deseo de ambos— son sentimientos básicos en el católico <sup>(14)</sup>. De ahí que muchos de ellos no puedan comprender que alguien inteligente

---

(14) Esto es válido como afirmación de carácter general, en el orden de lo sociológico. Pero parece discutible si se presenta como idea o sentimiento que no falta en ningún católico. En efecto, no tiene por qué pensar ni sentir así quien distingue entre fe y adhesión ideológica a unas creencias.

y de buena fe no comparta su credo. Hasta aquí se muestra comprensivo. Pero en su reflexión no falta la crítica (ni, por tanto, la autocrítica), pues añade que de esta actitud nace la dañina tendencia a ver, en quien no comparte las propias creencias, a un necio o a un malvado.

Queda claro, pues, que heterodoxia se equipara así a inmoralidad o maldad moral, lo cual subraya a la vez la satisfacción y el orgullo de la propia conciencia ortodoxa y una visión maniquea de los hombres, divididos para siempre en buenos y malos (*Meditación...*, p. 24).

Pues bien, todo esto se acentuó en el catolicismo hispano. Un ejemplo: cita Jiménez Lozano al hispanista inglés J. B. Trend, quien dijo de fray Luis de León que «era cristiano de fe demasiado impregnada de pensamiento para estar a salvo en la ortodoxia de la época». Y añade (Jiménez Lozano): *he aquí toda la cuestión*. En efecto, hubo en la historia de la Iglesia momentos de cierta libertad intelectual pero, después, el miedo a la razón hizo de la ortodoxia un corsé para la inteligencia y, por tanto, también para la fe (especialmente en la Iglesia española). Y concluye (Jiménez Lozano):

La historia del catolicismo es, desgraciadamente, en gran parte, la historia de la represión de la libertad cristiana por una autoridad eclesial que funciona según los moldes mundanales (*El aporte...*, p. 230).

Hubo contrarreforma en España y fuera de España, pero la misma contrarreforma que en otros sitios llegó a ser integrante e integradora (por ejemplo, en Francia), aquí se hizo «reflejo paroxístico contra la inteligencia misma». Se va gestando así, en España, una actitud anti-intelectual que «no ha variado gran cosa». Esta actitud anti-intelectual queda bien retratada en el dicho «doctores tiene la Iglesia...» que, hoy, casi no se usa ya en sentido propio, pero que, en el pasado, sí se usaba para decir que el cristiano común no tenía por qué estar preparado para dar su propia respuesta cuando alguien cuestionaba sus creencias.

En opinión de Jiménez Lozano, la lección más amarga que nos deja la lectura de los *Heterodoxos* de Menéndez Pelayo es que, en los

últimos siglos de nuestra historia, los hombres más importantes de cualquier ciencia o parcela del pensamiento no han sido católicos.

¿Dónde se da, entre nosotros, esa pléyade de «intelectuales católicos» que otras iglesias alinean tan orgullosamente para escuchar su palabra sobre los grandes problemas mundanales o específicamente religiosos? ¿Dónde existe aquí siquiera una élite de laicos que signifiquen algo en su Iglesia como lo significó Pascal? (*El aporte...*, p. 233).

El clérigo solo corría el riesgo de ser herético si erraba en cuestiones de teología. Pero el laico, solo por el hecho de serlo y de preocuparse de teologías, era ya sospechoso. Sencillamente porque al laico cristiano viejo no le preocupa la dimensión intelectual de su fe. Es el judío, el converso al cristianismo, el que reflexiona sobre esos asuntos. Al laico español, si es cristiano viejo, descendiente de aquel «hidalgo» cristiano de antaño, no le importa la «teología», y no cree que haya que hacer nada especial para ser cristiano, pues ya lo es por pertenencia a la casta (Cf. *El aporte...*, 234 ss.).

Así pues, si el carácter político y belicoso se relaciona con la condición castiza del cristianismo católico español, esto (el hecho de ser “religión de la casta”) se relaciona a su vez con el rasgo del anti-intelectualismo. Por lo que no hay remedios específicos para cada una de estas taras: la superación de una implica ocuparse de las otras.

### *Catolicismo anticlerical*

Aunque pueda resultar extraño, Jiménez Lozano juzga el anticlericalismo como algo no menos característico del catolicismo español que el clericalismo. Según su análisis, hay algo en el anticlericalismo español que no es fruto de los diversos fenómenos secularizadores de la modernidad ni del pensamiento crítico ilustrado; es decir, no es algo adoptado (y, por tanto, sobrevenido) sino algo que pertenece a la configuración misma del catolicismo español. La Modernidad y la Ilustración influirán en su momento, pero hay algo en el anticlericalismo que viene de antes y, paradójicamente, no está reñido con el apego a cierta moral «cristiana»:



El viejo anticlericalismo medieval del que es una muestra el folklore o el refranero (...) es un anticlericalismo cristiano, nacido del escándalo que produce la vida irregular de muchos sacerdotes que debiera, sin embargo, ser más limpia y crucificada que la del resto de los cristianos. Pero ese anticlericalismo no comporta desprecio alguno por el estado sacerdotal, sino que, al contrario, supone la más alta estima de él. (*Meditación...*, Nota 36, pp. 120-121).<sup>(15)</sup>

En cambio, el anticlericalismo moderno (sobre todo el ilustrado) presupone que en el estado sacerdotal no hay nada valioso, sino todo lo contrario, y ve en las miserias de los clérigos una prueba de su tesis. Por eso afina el análisis Jiménez Lozano para decir que este fenómeno moderno es, más que un anticlericalismo, un antieclesialismo, o un rechazo puro y simple de lo religioso (Cf. *Meditación...*, Nota 36, en p. 121). Cuestión distinta es que, en nuestro país, el anticlericalismo autóctono, antes descrito, sea una especie de “humus” que nutre a este anticlericalismo moderno-ilustrado.

Las respuestas de Jiménez Lozano al cuestionario de *100 españoles y Dios* reconstruyen todo este proceso con tanta finura como pedagogía, mostrando lo que ya hemos dicho: que el anticlericalismo español no es completamente ajeno a cierta moral evangélica. Pero no solo ocurre esto sino que, además, hay movimientos políticos contemporáneos que, en España, heredan algunos rasgos tanto de nuestro clericalismo tradicional como de nuestro anticlericalismo, también tradicional:

Históricamente, se puede rastrear muy bien la formación de este espíritu anticlerical hispánico. El exceso de poder, de dinero y de prestigio humano, que ha tenido siempre la Iglesia en este país, dio lugar a una reacción muy sana y cristiana de anticlericalismo

---

(15) Según Jiménez Lozano, los refranes son un buen reflejo de esta mentalidad. Reproduce varios, tomados de los refraneros de Hernán Núñez (1555) y Alonso Correas (1627). Estos son solo algunos de ellos: «Amor de ramera, halago de perro, amistad de fraile, convite de mesonero, no puede ser que no cuesten dinero»; «Fraile que su regla guarda, toma de todos y no da nada»; «El abad y el gorrión malas aves son»; «el fraile que pide pan, carne toma si le dan». JIMÉNEZ LOZANO, *Meditación...*, nota 35 -p. 120-.

frente al desafío del clericalismo, pero, cuando pasó la época de cristiandad, esos sentimientos anticlericales se tornaron en seguida anticlesiales, como no podía ser menos, porque la Iglesia no renunció entonces a ese su viejo estatus y ya faltaba la fe. (...) Cuando llega la corriente secularizadora de la Ilustración, los ilustrados, incluso el pequeño admirable grupo de los ilustrados cristianos, con ser tan moderados y matizadores, serán aplastados inmisericordiosamente (sic), porque, como el ámbito entero de la existencia está sacralizado, cualquier crítica contra él resulta un ataque a la Iglesia y una pura blasfemia. La Iglesia se identifica con el viejo régimen (...); el católico es ahora el realista, el anti-liberal y el anti-moderno, el inmovilista que se opone a la revolución social. Pero por estas fechas la crisis religiosa ha llegado ya a las capas populares y, cuando la Iglesia una definitivamente su suerte a la de la burguesía (...), el pueblo podrá considerarla, ya también de manera definitiva, como enemiga. (...). Para explicarse, sin embargo, el furor con que el pueblo va a perseguir a esa Iglesia, hay que percatarse de que ese pueblo, aun descreído, sigue siendo sentimentalmente cristiano, y que operan sobre su sensibilidad viejos mitos cristianos del medioevo (...). El fondo del socialismo, el comunismo y el anarquismo españoles —sobre todo este último— está tejido sobre estos mitos y nuestro pueblo, religiosamente decepcionado de esa Iglesia, ve además en ella la Babilonia de todos los crímenes y hasta la gran responsable de su trágica existencia (*100 españoles y Dios*, pp. 246-247).

Así pues, hay, además de los rasgos del anticlericalismo ya mencionados, otro que no deja de ser un elemento del juego de acción-reacción antes aludido: el clericalismo católico da lugar a un anticlericalismo que, paradójicamente, es religioso (a su manera). Este anticlericalismo termina siendo igualmente clerical. Por tanto, es contrario a la laicidad del Estado, pues en realidad es «un clericalismo al revés» que refuerza a su vez «el clericalismo pretendidamente religioso que se le opone» (Cf. *Meditación...* pp. 76-77).

#### IV. MÁS ALLÁ DE LOS ASUNTOS HISTÓRICOS: DOS IDEAS SOBRE EL CRISTIANISMO

Además de los ensayos dedicados a nuestro pasado, hay otros textos en los que Jiménez Lozano expresa su concepción general sobre el Cristianismo sin que el tema central sea una determinada situación o problema histórico. En este tipo de textos hay algunos elementos recurrentes, de los que vamos a destacar dos: el repudio de un *jugar* a ser cristiano y la referencia a un cristianismo *contestatario*. Como veremos, ambas ideas están muy relacionadas entre sí. Aparecen frecuentemente en las colaboraciones para el semanario *Destino*, reunidas en *La ronquera de fray Luis*, de donde proceden tres de los textos que se proponen para la lectura <sup>(16)</sup>.

*La seriedad: no jugar a ser cristiano (... ni a ser ateo)*

«Hay algo más contrario al cristianismo y a la esencia del cristianismo que toda herejía y todo cisma, que todas las herejías y todos los cismas juntos, y es: *jugar al cristianismo*». (*La ronquera...*, p. 147). Jiménez Lozano cita estas palabras de Kierkegaard en uno de sus artículos porque considera que, en efecto, como el niño juega a ser soldado, se puede *jugar* a ser cristiano <sup>(17)</sup>. Juega a ser cristiano quien lo es como consecuencia de las facilidades que su entorno le da para que lo sea; casi se diría que tal cristiano lo es exclusivamente a causa de esas facilidades. Este repudio del «jugar a ser cristiano» implica una referencia a «la Cruz» como algo que está en «la esencia» de lo

---

(16) El libro lleva el título de uno de los artículos que en él se recogen: «La ronquera de fray Luis», en el que Jiménez Lozano denuncia lo que considera «una campaña integrista» contra la apertura conciliar, campaña que creaba un clima insano, además de ir contra el espíritu evangélico. En los últimos párrafos del artículo recuerda algo que dijo fray Luis en su proceso: un día había hecho cierta afirmación problemática ante sus alumnos, y algunos de los que se sentaban más lejos de él le pidieron que alzase la voz, porque no le oían bien, a lo que él contestó: «Estoy ronco, y mejor es decirlo así paso, porque no nos oigan los señores inquisidores» (*La ronquera...* p. 16).

(17) «Carlos Teodoro Dreyer, un Pascal para nuestro tiempo» (*La ronquera...* pp. 146-150).

cristiano (esencia que ignora aquel que «juega» al cristianismo). No en vano concluye Jiménez Lozano su *Meditación* sobre la libertad religiosa citando precisamente a un reformador: san Juan de la Cruz, quien, en carta al P. Juan de Santa Ana, escribía:

Si en algún tiempo, hermano mío, le persuadiera alguno, sea o no prelado, doctrina de anchura y más alivio, no la crea ni abrace, aunque se la confirme con milagros, sino penitencia y más penitencia y desasimiento de todas las cosas, y jamás, si quiere llegar a parecerse a Cristo, le busque sin la cruz (18).

Esta frecuente alusión a la Cruz puede producir un cierto rechazo. En primer lugar porque, demasiadas veces, la piedad, la predicación y la moral cristianas han repetido un discurso sobre el valor del sufrimiento cuyas consecuencias, de todo orden, han sido nefastas (empezando por lo psicológico). En segundo lugar, porque este tipo de referencias a «la Cruz» acaso no son más que mero asentimiento a doctrinas ideológicamente asumidas, al margen de todo itinerario personal; doctrinas que son siempre espiritualmente insuficientes pero que, además, en determinados casos, son intelectualmente difíciles de asumir para el hombre de hoy, por ejemplo, cuando se interpreta a Jesús como aquel que, con su sufrimiento, paga el “rescate” exigido por la “caída” del hombre en el pecado, con lo que se nos habla de un Dios que exige una “satisfacción” (19). En tercer lugar, la alusión a la Cruz puede producir rechazo porque, muchas veces, se ha llamado “aceptar la Cruz” a lo que en realidad era sacrificar la libertad y la conciencia crítica individual, sacrificio que muchas veces ha implicado renunciar a descubrir uno por sí mismo su misión, pues esta parecería venir ya formulada por otros, a partir

---

(18) Citado por Jiménez Lozano (*Meditación...*, p. 110). Las referencias a «la Cruz» son asimismo recurrentes en *La ronquera de fray Luis y otras inquisiciones*.

(19) John S. SPONG ha resumido bien, con su habitual destreza como divulgador, las críticas a esta concepción. Véanse, por ejemplo, sus tres artículos sobre «La teología de la expiación» (entregas XXIII, XXIV y XXV de la serie sobre el Evangelio de Mateo), en <http://johnshelbyspong.es>

de una interpretación apresuradamente providencialista de las circunstancias de la vida o de las necesidades de la institución.

Sin embargo, las alusiones de Jiménez Lozano a «la Cruz» no parecen hablar de nada de esto sino, más bien, de la delicada (y no fácil) emancipación que el hombre de fe protagoniza con respecto a lo que Légaut llamaría «su medio», medio que puede ser su ambiente social o su tradición religiosa. Hay algo doloroso y exigente en esta emancipación, y parece que es sobre todo a esto a lo que se refiere Jiménez Lozano cuando habla de «la Cruz» (20). El lector juzgará.

El hecho es que no es extraño que la mencionada emancipación (que forma parte de la vida de muchos hombres y mujeres de fe) produzca sufrimiento. No digamos si aquello que se cuestiona es, no ya una serie de costumbres o ideas religiosas, sino un orden social humanamente inaceptable regido por poderes capaces de recurrir a la violencia para mantenerlo. Por eso la renuncia a jugar al cristianismo está tan relacionada con su aspecto «contestatorio», según veremos después.

Pascal es para José Jiménez Lozano el principal referente cuando expresa esta idea. También lo es –en menor medida– Kierkegaard, que escribió las frases citadas más arriba. De Pascal dijo Jiménez Lozano que su genio obliga aún hoy, a quien lo lee (y a condición de que deje «sus juguetes mecánicos y sus sueños mecánicos y su vida mecánica a la puerta de la alcoba»), a preguntarse por su ser hombre, pues le descubre «el divertimento engañoso de toda otra ocupación, las falsedades aparatosas del montaje social, le presentará al Cristo agonizante hasta el final de los siglos y le obligará a interrogarse ante su cruz» (*La ronquera...*, p. 33) (21).

---

(20) ¿Acaso no sugiere Légaut que la comprensión de la “lucha”, del “conflicto” entre Jesús y las autoridades de Israel, va unida, en el discípulo que quiera llegar a ser tal, a la comprensión de su propia relación con la Iglesia? (ver, por ejemplo, Marcel LÉGAUT, *Reflexión sobre el pasado y el porvenir del cristianismo*, AML, 1999, pp. 60-61).

(21) Del artículo «Blas Pascal y el cristianismo feliz» (pp. 33-38).

El cristianismo de tiempos Pascal era “delicioso”: había perfecta armonía entre el Estado y la Iglesia: las instituciones eran cristianas y la Iglesia «apuntalaba el trono de Su Majestad Cristianísima (...); el dinero podía administrarse como cosa propia y el prójimo lo constituían encantadores personajes de la misma condición social y aun de los mismos gustos artísticos o gastronómicos (...); el misterio de Dios resultaba claro». Así, ser cristiano era «una felicidad». Pues bien, es a esto a lo que Pascal llamaba «el uso delicioso y criminal del mundo». Claro que en esto hay –Jiménez Lozano lo advierte– una simplificación: también había en la época otra clase de cristianismo. Pero sin duda se daba esa manera “deliciosa” de ser cristiano, y es eso lo que explica «la dureza de Port-Royal y de Pascal». Es verdad que esta dureza, por su insistencia en la conciencia de pecado, puede tener repercusiones psicológicas negativas, llegando en ocasiones a provocar un autodesprecio enfermizo; pero también lleva a no acatar los poderes de este mundo, ni las presiones del ambiente. En efecto, en este cristianismo de Pascal y de Port-Royal, destaca Jiménez Lozano «su rebeldía tan cristiana contra toda clase de absolutismo fuera o dentro de la Iglesia, su combate a favor de la libertad»; también la exigencia de vivir «sin compromisos ni concesiones» y la invectiva «contra el hombre que trata de endiosarse o de prescindir de la Cruz» (Cf. *La ronquera...*, pp. 36-37) (22).

En la tradición protestante, esta seriedad del cristianismo la percibe Jiménez Lozano en Søren Kierkegaard. A este pensador danés se refiere en un artículo sobre el director de cine Carl Theodor Dreyer. Este artículo se reproduce a continuación en su integridad. Destaquemos solo, por el momento, que de la producción de Dreyer se comentan en este artículo dos películas: *Ordet* (La palabra, 1955) y *La pasión de Juana de Arco* (1928). En la primera de ellas, se destaca la presencia de «un pequeño sector de inconformistas religiosos (...) heredero del espíritu de Kierkegaard», a favor del cual se alinea Dreyer (según Jiménez Lozano). Este grupo se posiciona con-

---

(22) *Ibid.*, pp. 36-37.

tra la religiosidad dominante en su medio, religiosidad «oficial, alegre y confiada, entronizada y pueril, una peculiar versión rosa del luteranismo» (*La ronquera...*, p. 146) <sup>(23)</sup>. En cuanto a la *Juana de Arco* de Dreyer, opina Jiménez Lozano que esta película nos muestra una suerte de “cristianismo feliz”, sociológico, opuesto a Juana, que sería la “testigo de la verdad”; este trabajo nos muestra la *seriedad* con la que Juana se toma su cristianismo frente a «la seguridad gozosa, e incluso material, con que disfrutaban sus jueces esa misma condición cristiana; su *juego a ser cristianos* sin riesgos, dentro de la letra de la ortodoxia y sin poner la propia carne en el asador como la pone Juana». Esta contraposición es, para Jiménez Lozano, una constante del cine de Dreyer; la adjetiva como «pascaliana o kierkegaardiana» (Cf. *La ronquera...*, p. 148).

Señalemos, por último, que el fenómeno del “cristianismo lúdico” tiene el anverso que se acaba de indicar pero también tiene su reverso: se puede “jugar a perder la fe”. Y es que uno puede vincularse al cristianismo solo porque su medio le conduce a ello, pero también puede desvincularse de él (o de la tradición que sea) por motivos similares. Esto lleva a Jiménez Lozano a cuestionar la asunción apresurada de la situación de crisis por la que, supuestamente, pasa la fe en el mundo de hoy, así como a criticar el «complejo de inferioridad» de muchos cristianos ante la ciencia, el pensamiento y, en general, la cultura contemporánea. Estas advertencias no se hacen —todo hay que decirlo— sin cierto riesgo de triunfalismo, o de falta de escucha a las ocasiones de purificación que la modernidad ofrece al cristianismo. Pero, bien entendidas, encierran una saludable actitud crítica que no deja de tener su origen en la fe.

En épocas de Cristiandad se dan una serie de «automatismos» de los que nacen ideas y costumbres que se pueden confundir con la fe. Ahora bien, en un tiempo como el nuestro, también pueden darse automatismos muy distintos de los que quizá no somos cons-

---

(23) Del artículo «Carlos Teodoro Dreyer, un Pascal para nuestro tiempo» (*La ronquera...*, pp. 146-150).

cientos. En su momento, hicimos el descubrimiento –que hay que celebrar– de que nuestra educación cristiana se basaba en los mencionados automatismos y en cierto exceso de credulidad; entonces, todo ello «nos pareció un juego infantil». Pero, una vez dado este paso, en lugar de tomarnos la vida espiritual en serio, en vez de mantener la alerta crítica y autocrítica, «comenzamos a jugar a otros juegos que también tienen su influencia automática y logran una cierta personalidad muy alejada de lo religioso, incluso el ateísmo». Se tiene así una sensación que, para Jiménez Lozano, es la misma que la del creyente autómatas cuando cree que tiene fe, confundíendola con «sus sentimientos más epidérmicos o estéticos» (*La ronquera...*, p. 227) (24).

Y un último apunte sobre este tema, para mostrar la actitud crítica de Jiménez Lozano ante cierto ateísmo ramplón en el que puede incurrir aquel que se apresura a entrar en «el juego de perder la fe». En *100 españoles y Dios*, respondió a la pregunta «¿cree usted en Dios?» diciendo, entre otras cosas, que, a pesar de no haberse molestado nunca en andar probándose racionalmente la existencia de Dios, no era indiferente ante el problema del ateísmo. Una de las razones para no ignorar este problema era que «no puede haber acto de fe auténtico sin la posibilidad de rechazar a Dios». Ahora bien, precisamente porque el hombre de fe también tiene la posibilidad de rechazar a Dios, es claro que «no puede creer con deshonor de su inteligencia». Por eso no acepta Jiménez Lozano la caricatura que ciertos ateos hacen de la fe:

Me molesta el ateo suficiente y triunfalista, que piensa, con estúpida seguridad, que los cristianos creemos en un absurdo o en un «abracadabra», que no sabe que nuestra fe es una fe «quaerens intellectum», que exige ser entendida, y que el hombre «no podría dar su asentimiento de fe a lo que se le presenta, si no lo comprendiera ya en cierto grado», como escribía Tomás de Aquino. Los cristianos adoramos un «misterio», no hipopótamos sagrados (*100 españoles y Dios*, p. 239-240).

---

(24) Del artículo «El juego de perder la fe» (*La ronquera...*, pp. 226-230).



### *Un cristianismo contestatario*

Esta idea es coherente con la anterior pues, como ya hemos dicho, deja de jugar al cristianismo quien se emancipa de su medio (ya sea social, cultural o religioso), y esto suele implicar (en mayor o menor medida) algún tipo de conflicto.

Esta actitud guarda relación con cierta tendencia filo-barthiana de Jiménez Lozano. Karl Barth (1886-1968) es seguramente el teólogo evangélico más importante del siglo XX. Su teología presenta a Dios como lo «Otro», como lo totalmente distinto del mundo; Dios, el totalmente Otro, representa la «Krisis» del mundo, crisis que ha de entenderse como juicio. Dios irrumpe como Krisis de la historia, pero también como liberador, por ser otro que las fuerzas y los mitos que rodean al hombre. La fe en este Dios totalmente Otro impugna la autoridad de tales instancias, liberta del temor que inspiran <sup>(25)</sup>. La fe en Dios (en su concepción barthiana) libera porque es la negativa a inclinar la cabeza ante los *poderes* del mundo.

Pues bien, algo de esto hay en los textos de Jiménez Lozano que hablan del carácter *contestatario* del cristianismo. Para empezar, hay que citar un artículo en el que se refiere expresamente a Karl Barth, escrito con ocasión de la muerte del teólogo suizo. En él se subraya la idea barthiana de un Dios que es trascendencia absoluta y juicio constante contra todas las idolatrías, para añadir que, cuando llegó el nazismo, este teólogo le hizo frente «en nombre de esta absoluta trascendencia divina y su estricto monoteísmo» (*La ronquera...*, p. 156). Dice también Jiménez Lozano en este artículo que la voz de Barth, como la voz de Pascal...

...puede redimirnos de este cristianismo mundanizado, de este Cristo, pura figura ética, poética y consoladora como una fábula. (...) La vieja cristiandad testimoniaba a diario su creencia en Cristo, en medio de sus pecados y sus desórdenes, pero ya no es posible una cristiandad, y su remedo quizá sea un gran sacrilegio. Quien

---

(25) Cf. Karl BARTH, *Esbozo de Dogmática*, Santander, Sal Terrae, 2000, p. 26.

confiesa a Cristo debe saber lo que hace, debe saber de qué radical manera se opone a la sabiduría del mundo y afirma la locura de la cruz. No puede transigir con una idolatría... (p. 159) (26).

Decíamos antes que, en la emancipación con respecto al propio medio, hay algo difícil, doloroso. Esto puede ser relativamente común. Pero hay, además, casos extremos en los que tal emancipación puede ser mortal, como ocurre cuando alguien se alza contra un orden social inhumano, y mantenido por poderes irracionales y violentos. Ejemplo de ello es lo que le ocurrió a Edith Stein, a quien está dedicado otro de los artículos reunidos en *La ronquera de fray Luis* (27). Hay en la experiencia de Edith Stein algo de la actitud contestataria, tan estrechamente relacionada con la huida de todo cristianismo “lúdico” y que, de nuevo, desmiente el diagnóstico apresurado sobre una crisis de la fe:

Un testimonio como éste hace pensar de nuevo al cristiano, si es que había comenzado a dudarlo en estos instantes de famosa crisis y, según algunos, de confusión, en que vidas tan ajustadas a la Cruz y pensamientos tan liberales y abiertos, serenos y hasta zumbones como los de Edith Stein siguen siendo el diálogo profundo con el mundo y el profundo sentido de aggiornamento. No hay ningún tiempo de confusión, salvo para quien quiere: un cristiano modernísimo sigue siendo el que cree y abraza el escándalo de la Cruz, el que busca el entendimiento de su fe y no hace deshonor a la razón humana, el que ama a los hombres como la doctora Stein, y el que jamás transigirá con que a los hombres se los convierta en ovejas y se los despoje de su razón y de su dignidad, de su posibilidad de decir “no”, cuando ello es preciso, el que cree que los hombres están destinados a vivir felices y alegres como hijos del Buen Padre (*La ronquera...*, p. 155).

---

(26) Del artículo: «El estricto monoteísmo de Karl Barth» (pp. 156-160). En otro artículo, titulado «Los últimos liberales», escribe Jiménez Lozano: «Se necesita (...) ser muy ciego o muy sectario –que es lo mismo– para no percatarse de que el estrictísimo monoteísmo cristiano es realmente desalienador y liberador de todos esos fanatismos que nos rodean» (p. 264).

(27) «Recuerdo de Edith Stein» (*La ronquera...*, pp. 151-155).

Hay, en efecto, según Jiménez Lozano, «un cristianismo con complejo de inferioridad», sumiso al espíritu de la época y, en consecuencia, propenso a asumir con demasiada facilidad la crisis de la fe. Ahora bien, a este respecto, hay algo que conviene aclarar: es cierto que a la intención de “no tener complejos” le suelen acompañar —como causa o como consecuencia— actitudes triunfalistas o poco respetuosas, pero no parece ser este el caso de Jiménez Lozano. Sus advertencias tienen que ver, más bien, con esto otro: el susodicho complejo de inferioridad puede llevarnos a «asumir y bautizar», a la desesperada, esta o aquella ideología, esta o aquella moda científica, con tal de “no perder el tren”, un tren que no se sabe bien por qué hay que coger, del mismo modo que no se ha reflexionado suficientemente sobre su origen, ni sobre su destino. (Cf. *La ronquera...*, p. 257) (28).

#### V. PARA TERMINAR: UNA ADVERTENCIA Y UNA CONCLUSIÓN

Primero la advertencia. Lo que aquí se ha presentado no es sino el lenguaje que un escritor contemporáneo ha ido forjando para compartir su meditación sobre el pasado y el presente del Cristianismo. Pero la fe misma, así como el itinerario de un escritor espiritual, no son aprehensibles del todo en la literalidad de sus palabras. Conviene tenerlo en cuenta porque las palabras, por sí mismas, se prestan a muy diversos usos. Pensemos, por ejemplo, en los pasajes de Jiménez Lozano sobre el carácter «contestatorio» del cristianismo. Podrían darse situaciones en las cuales ciertos usos posibles de esta idea pondrían de manifiesto la insuficiencia de la letra cuando no se trata de acceder al encuentro con el discípulo que hay detrás de ella. Imaginemos dos de estas situaciones.

Primera situación imaginaria: si se leen las páginas de Jiménez Lozano sobre lo «contestatorio» del cristianismo solo con intención de encontrar justificación de las propias ideas, no será extraño que

---

(28) «El último tren» es uno de los textos que se proponen para la lectura (*La ronquera...* pp. 257-261).

dos cristianos, con opiniones y compromisos opuestos sobre este o aquel asunto, consideren que están siendo «contestatarios», pues ambos, en su afán de construir una doctrina o argumentario “político”, podrán encontrar la forma de presentarse a sí mismos como aquellos que tienen el valor de adoptar la postura más difícil, o de decir lo que muchos no se atreven a decir.

Segunda situación (no tan imaginaria): muchos nos sentiríamos «contestatarios» al expresar nuestro rechazo de los «golpes de báculo» en la Iglesia. Sin embargo, Jiménez Lozano vio en el pontificado de Pablo VI «la afirmación de la esencia teocéntrica y cristocéntrica de la fe», y consideró que los «*golpes de báculo*» que entonces tuvieron que darse estaban al servicio de esa necesaria afirmación (*La ronquera...*, p. 259) <sup>(29)</sup>. A continuación, en el quinto de los textos que proponemos, el lector tendrá ocasión de volver sobre este pasaje de Jiménez Lozano y formarse su propia opinión. Lo que ahora nos interesa señalar es que las palabras dan para todo si no se las contextualiza suficientemente. Por eso dijimos, al principio de estas páginas, que se propone aquí a Jiménez Lozano como un *compañero* en nuestra meditación, como una ocasión de reflexión, no como una autoridad inapelable.

Y la conclusión, ya por último. Por una parte, hemos hablado de nuestro pasado religioso, y por otra, hemos hablado de dos elementos que, según Jiménez Lozano, son nucleares en el cristianismo, más allá de las cuestiones históricas: la *seriedad* y lo *contestatorio*. En otras palabras: en los apartados I al III hemos hablado de asuntos históricos; en el apartado IV hemos hablado de lo que podríamos llamar la “teología” de Jiménez Lozano. ¿Hay alguna relación entre estos dos tipos de cuestiones?

La verdad es que no habría por qué empeñarse en ver una relación, pero lo cierto es que la hay: ni la más pacífica y establemente asentada de las cristiandades nos dispensaría de afrontar en serio la vida espiritual (si es que uno no quiere “jugar a ser cristiano”). Dicho de otro modo: el cristianismo, por su carácter “contestatorio”, no

---

<sup>(29)</sup> Las palabras citadas están en «El último tren» (p. 259).

soporta una implantación “deliciosa” (en el sentido de Pascal). De ahí que, para el cristiano, la asunción de la libertad y el pluralismo en materia de religión no solo no es un mal sino que es un bien, una exigencia que nace de la naturaleza misma de la fe:

No debe haber un solo hombre para el que sus convicciones filosóficas o religiosas honestas supongan el más pequeño menoscabo de su estatus ciudadano o el más pequeño escollo en su existencia, o miedo y constricción al disimulo. Esto es una exigencia elemental de la dignidad humana, pero a la vez una exigencia «sine qua non» de la libertad del acto de fe, de la personalización de la fe. Solo cuando se han hojeado muchos papeles viejos de la Inquisición de este país, se da uno cuenta de la gran tragedia de los inconformistas religiosos de él, que han tenido que simular y mentir durante siglos para seguir viviendo en paz (...). Solo entonces se percata uno del gran pecado cristiano que ha supuesto esta tiranía (...). No creo que se pueda seguir protegiendo un minuto más la fe con la fuerza del brazo secular, ni que la creencia pueda seguir siendo instrumentalizada, castificada, equiparada a la condición de español. Reconozco las ventajas, para la fe de los pequeños, de vivir en régimen de cristiandad, y no soy de los que se alegran por la desaparición de esta, pero este es el camino de la historia y creo en los signos de la Providencia a través de estas mutaciones históricas. La fe ha de ser cada día más personal y menos institucional. Y, a medida que sea más personal, será más firme, será más tolerante y buscará la libertad, porque solo puede ser tolerante el hombre de firmes convicciones que no tema ningún afrontamiento, ninguna pluralidad. (... ) Ninguna pedagogía más cristiana que esta de la libertad. (...) No habrá libertad religiosa mientras no llegue el día en que ser católico deje de ser, entre nosotros, una especie de espontaneidad social para tornarse *una profunda decisión y hasta un drama personales*. Y hasta el día en que ser ateo no tenga consecuencias político-sociales y existenciales y deje de ser una especie de desafío, «trágala» o inconformismo polémico, «ateísmo militante» en suma, frente a un catolicismo igualmente polémico, desafiante y aplastante (*100 españoles y Dios*, pp. 250-252).

Ninguna situación en la que los hábitos cristianos heredados estuviesen pacíficamente asentados nos dispensaría del trabajo interior

que cada uno ha de hacer para empezar a tomarse la vida en serio (lo cual, según Légaut, es el primer umbral de la vida espiritual). Ya lo advirtió Kierkegaard:

Aunque es muy cierto que una generación puede aprender mucho de las que le han precedido, no lo es menos que nunca le podrán enseñar lo que es específicamente humano. En este aspecto, cada generación ha de empezar exactamente desde el principio, como si se tratase de la primera... (30).

Así que, en lo que a la vida espiritual se refiere, quizá la reconfortante constatación de que «caminamos a hombros de gigantes» solo sea verdadera hasta cierto punto.



*José Jiménez Lozano*

---

(30) Soren KIERKEGAARD, *Temor y temblor*, Madrid, Alianza, 2001, 192-193.